

Por José Montero Padilla

Hace un año, en este mismo lugar y en el ámbito del I Encuentro Nacional sobre el libro de texto de E.G.B. y Preescolar, presenté una comunicación bajo el título "NOTAS SOBRE UNA ANTOLOGIA PARA ESTUDIANTES DE E.G.B.", cuyo texto ha aparecido incluido en los Anales o Actas de ese referido I Encuentro.

Trataba entonces de fijar y valorar determinados criterios generales -algunos de los muchos criterios posibles- para la elaboración de una antología, de un volumen de carácter antológico con las lecturas -cuya variedad, ciertamente, puede ser inagotable-, que deberían realizar los alumnos de E. G.B. durante sus estudios, a lo largo de los cursos que forman ese nivel de enseñanza.

Ahora, en esta nueva y grata ocasión, voy a referirme, con la lógica y prudente brevedad que requiere el momento, a las fábulas o apólogos, género de cortos relatos que durante largo tiempo -siglos...- ha sido empleado como lectura escolar. Pero ello, como es sabido no sucede -o apenas sucede- en la actualidad. Y esta breve comunicación mía pretende apuntar y considerar algunas de las posibles causas o explicaciones del hecho.

En las tradicionales clasificaciones de los géneros literarios, y dentro de la Didáctica, a la cual corresponden todas aquellas obras que, total o parcialmente, buscan adoctrinar y enseñar, aparece la fábula o apólogo, como una narración corta, cu-

vos personajes son predominantemente animales y que contiene muy variadas enseñanzas de aplicación humana.

Aunque, de acuerdo estrictamente con el amplio significado del término fábulas, otros varios linajes de obras pueden considerarse también como fábulas, y de hecho así han sido denominadas, como las de carácter mitológico -a cuyo estudio dedicó un extensísimo trabajo José María de Cossío-(1). Recordemos, por ejemplo, la Fábula de Venus y Adonis, original de Juan de Tassis y Peralta, y, por supuesto, la Fábula de Polifemo y Galatea de Luis de Góngora.

Y, si pensamos, todavía, en el significado del término fábula, o fabla o habla, ésta, la fábula, sería lo contrario de la poesía, la cual es, según la tan conocida definición juanramoniana, la "expresión de lo inefable", o sea, de lo que no se puede hablar, de lo que no se puede decir, en definitiva y paradójicamente, la expresión de lo inexpresable.

Acaso recordaba esta realidad don Miguel de Unamuno - cuando rechazaba -voz aislada en ese momento la suya- la pretendida ejemplaridad de las fábulas para los niños, en el poemilla siguiente:

"¿A los niños fábulas?  
Eso son inventos  
de la ilustración  
de maestros fábulas;  
dadles antes cuentos,  
sueños de ilusión. (2)

Cuentos, sueños de ilusión, palabras que a su vez sugieren una dualidad-oposición fábula / cuento en la que no es del caso detenerse ahora.

El género de la fábula, en el sentido al que nos referimos ahora posee una larga trayectoria que, aun limitándose al ám-

bito de la cultura occidental, va desde el mundo clásico griego -con el nombre símbolo de Esopo- hasta nuestro tiempo, y que - cuenta durante su recorrido con nombres tan ilustres y significativos como los de La Fontaine, Samaniego, Iriarte, Hartzbusch, Campoamor.

En esta dilatada trayectoria y ya en el siglo actual un nombre de singular importancia -a mi juicio al menos- y al que no siempre se recuerda, -ignoro por qué- es el del notabilísimo poeta, prematuramente desaparecido, Ramón de Basterra. Quiso él revitalizar y actualizar, el género y, para ello, a los animales, personajes protagonistas tradicionales en gran parte de estas obritas, los sustituyó por máquinas, con tributo así a una realidad inesquivable de nuestro tiempo: la presencia, avasalladora, de las máquinas construidas por el hombre

...- y que, a veces, desplazan al mismo hombre: una muestra -una bella muestra- es la fábula titulada El avión y el molino, donde resulta fácil encontrar resonancias de los personajes evangélicos de Marta y María, del relato con la historia de la cigarra y la hormiga, y se nos exhorta -lección final- a ser **nosotros** mismos, a no alterarnos -alterarse es "hacerse otro":

Vio el avión sumergiéndolo la mirada,  
anclado en el arroyo  
al molino.

-Pudiendo aquí saciarte de azul tierno,  
¿cómo giras las aspas en un hoyo?

-¿Cómo licencias tú los brazos  
que pudiendo moler juegan sin uso?

-Con lo que tú amontonas para María,  
yo viajo.

-Tu vagar de María es mi faena blanca.

Mueve tu vida indiferente al cargo,  
seas avión, seas molino. (3)

En nuestro tiempo, creo que cabe considerar a las fábulas como un género literario carente de vitalidad, es decir, han pasado a formar parte de los géneros ya no existentes sino tan sólo históricos, lo cual no impide que sus personajes más característicos y representativos, los animales, continúen poseyendo su poder de sugestión literaria y artística en general (Platero y yo, de Juan Ramón Jiménez; películas de Walt Disney, etc.).

De lo que no cabe duda, en cualquier caso, es de que las fábulas han sido utilizadas con profusión, durante siglos, como lectura para los niños, lo cual presupone a su vez, ciertamente, su consideración y estimación como obras en especial adecuadas para tal destino. Claridad, sencillez, afán moral, carácter ejemplar, podrían ser rasgos inherentes a las fábulas y que aconsejaban su uso, tan reiterado.

Ya los versos unamunianos que antes cité apuntaban una oposición frontal a esas ideas que han conducido a la reiterada inclusión de las fábulas entre las lecturas infantiles.

Con posterioridad, el profesor Joaquín de Entrambasaguas, planteó in extenso la cuestión de la conveniencia o no absoluta inconveniencia, en su opinión- para los niños de las fábulas, en un largo artículo, de expresivo título -"Reprobación de las fábulas"-, rico de ideas y sugerencias, excesivo acaso de apasionamientos y con tributos, inevitables quizá, a concretas circunstancias históricas. Este trabajo lo incluyó en el volumen titulado La determinación del Romanticismo español y otras cosas (4).

Y en él realiza afirmaciones como las siguientes:

"Me refiero -escribe- a la costumbre decadente española de difundir entre los niños esas fábulas, llamadas impunemente literarias o morales, que, por paradoja, carecen, sin discusión posible, de estos dos elementos. Esas fábulas prosaicas, vulgares, representadas de modo característico en la literatura de

nuestra Patria, algo por Iriarte y mucho por Samaniego, que, a causa de su afrancesamiento manifiesto, de su falta de originalidad y de su opulencia de tópicos, es, sin duda, el que reúne características más definidas, y, por tanto, el más significativo para lo que voy a decir".

Y, también:

"...se ha creído que esas fábulas de Iriarte y Samaniego o de sus imitadores posteriores podían ser la orientación de la juventud con su ética descaradamente picaresca, su lenguaje vulgar y extranjerizante y su falta absoluta de poesía.

"Todos los niños las han repetido de coro, como cumpliendo con ello un rito social y religioso a la vez, como fin obligado de toda fiesta familiar o docente". (5)

Desde otra perspectiva, la revisión de los libros de texto empleados en la enseñanza primaria y en la enseñanza general básica, durante el último medio siglo, revela que la presencia de las fábulas entre las lecturas destinadas a los niños ha ido disminuyendo de manera progresiva.

Los españoles somos propicios a los bandazos que nos lleven de un extremo a otro, y, también, al propio tiempo, a las **inercias** repetitorias. No consideremos, tampoco, de modo tan negativo a las fábulas que hayamos de rechazar por completo su lectura, después de haber sido ésta efectuada durante siglos.

Sí, quizá, no sean las fábulas -algunas fábulas- "toleradas para menores", pero no en el sentido más habitual de la calificación, que hace referencia, por ejemplo, al contenido de determinadas películas, sino por mostrar una visión pesimista, incluso amarga, de la realidad de la existencia humana. Así, cuando una fábula de Samaniego, la titulada Los animales con peste, llega a la aseveración siguiente:

" . . . . .  
Te juzgarán virtuoso,

si eres, aunque perverso, poderoso;  
y aunque bueno, por malo detestable,  
cuando te miren pobre y miserable.  
Esto hallará en la corte quien la vea  
y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!" (6)

Las afirmaciones de Samaniego en los versos precedentes no pueden ser tachadas, necesariamente, de falsas, sí de tristes y desoladoras, y, <sup>por</sup> este carácter, de inadecuadas para la terneza e ilusión infantiles.

Pero acaso pueda volverse, con la debida mesura, a las fábulas y algunas de éstas deban ser incluidas entre las lecturas aconsejables para los niños (7).

- (1) Cossío, José María de: Fábulas mitológicas en España. Madrid, 1952.
- (2) Unamuno, Miguel de: Cancionero. Diario poético. Edición y prólogo de Federico de Onís. Buenos Aires, 1953, p. 236.
- (3) Véase Montero Padilla, José y Prieto de la Iglesia, Remedios: Literatura española. Madrid, 1977, pp. 52-3; Díaz-Plaja, Guillermo: La poesía y el pensamiento de Ramón de Bastera. Barcelona, 1941.
- (4) Entrambasaguas, Joaquín de: La determinación del Romanticismo español y otras cosas. Barcelona, 1939, pp.39-44.
- (5) Entrambasaguas, Joaquín de: Ob. cit., pp. 39 y 40.
- (6) Polt, John M.R. : Poesía del siglo XVIII. Edición, introducción y notas de... Clásicos Castalia, Madrid, 1975, p. 204.
- (7) Una reciente contribución al estudio del género fabulístico constituye el artículo de Cerrillo, Pedro: La fábula literaria: La Fontaine y Samaniego, en la revista "Retama", nº. 7, pp. 82-6. Cuenca, 1989.